

## **SINODALIDAD-(PARÉNTESIS)**

### **Padre Pedro José Ynaraja Díaz**

Si me preocupa la falta de inquietudes, añado hoy la ausencia de ilusiones. Si las antiguas catequesis pretendían formar teólogos disminuidos sin conseguirlo (sic) a las hodiernas les sobra pedagogía, vacías de contenidos. Se ha desembocado en un analfabetismo religioso.

Hablo por mí mismo.

Iniciado el bachillerato, me incorporé a la A.C. De mayores podríamos ayudar a los sacerdotes, se nos decía.

La piedad era sincera y vivida como pudiera serlo coleccionar tebeos, cromos, o cajas de cerillas. Si la misa solo se celebraba por la mañana, únicamente asistíamos los domingos. En verano era diferente. Bastantes íbamos a diario y nos acercábamos al altar a ayudar a misa. Monaguillos, o monagos, no. Estos eran los que cobraban una "perra gorda" y desayunaban gratis en la sacristía. Yo y otros más ayudábamos a misa, servicio generoso que me honraba. También en esto había clases.

El lugar de las chicas era diferente, ya que estaba prohibido que ellas franquearan el presbiterio. No podían subir, pero sí mirar al chico situado junto al sacerdote y pasar el rato viéndolo e imaginando. Sí, y soñando atractivos, que fuera de la iglesia serían conversaciones y risitas. Burla burlando, aparecía un sentimiento diferente al que existía en y con la familia o con los compañeros del barrio. Chicos y chicas, hermanos y primos. Germen diminuto del que pudiera después enamoramiento. De todos ellos conserva aun su nombre.

A los trece años, podía uno amar y ser amado en casa. Divertirse, jugar y pelearse en el patio y hablar, reír y mirarse alegremente por el paseo con quien y quienes existía diferente relación ingenua. Eso era todo y era mucho.

Experiencia personal he dicho y experiencia observada más tarde en tiempos de profesor, que no son tan lejanos.

La sexualidad era un tabú que interesaba, abrumaba e inquietaba. Nunca he olvidado que un día escuchaba a un compañero, un grandullón, uno de aquellos que siempre presumía de sus experiencias, posiblemente inventadas, en casas de prostitución, que reconocía que no estaba satisfecho.

Fue aquel un momento importante para mí. Me dije que cuando fuera mayor ayudaría a los chicos a ser felices.

En casa éramos ocho y avenidos, aficionado por las técnicas, el escultismo me introdujo en la apasionante aventura de la vida. Pensando en la, o las posteriores chiquillas que me querían y yo amaba a mi manera, pobres de dinero todos, era feliz de amor. De todo ello doy gracias a Dios y por quienes me acompañaron intercedo, recordando también nombres y apellidos.

Enigmáticos tiempos los de la postguerra. Enojos, ensueños y ciertos desconcertantes desequilibrios, la realidad es que fueron fértiles aquellos días.